

Los Adoradores del Estado

Wilhelm Röpke

En la mayor parte de los Estados Unidos se ha verificado súbitamente durante los últimos años un cambio tan radical como importante. Lo que asombra es que se hable tan poco de él. Tal vez el silencio se deba al hecho de que sólo algunos se han dado realmente cuenta del cambio en cuestión.

Se trata nada menos que de nuestras ideas sobre la parte que corresponde al Estado en la economía total de una nación. Todavía hace pocos años tenían vigencia al respecto opiniones hoy abandonadas por muchos, sin controversias ni discusión, como si se tratase de algo totalmente natural. Podría incluso decirse que hoy se considera deseable, o al menos inevitable, todo lo contrario de cuanto, hace todavía un decenio, era considerado justo y normal por la mayoría.

Cuando, en el curso de la vida de quienes nos contamos ya entre los ancianos, la parte del producto social reclamada por el Estado comenzó a doblarse y a triplicarse, comprendimos rápidamente que se trataba de un desarrollo malsano al que teníamos que oponernos con todas nuestras fuerzas. No se necesitaba tampoco una gran perspicacia para darse cuenta del tremendo peligro que representaba esta insaciabilidad del Estado, en la cual se expresa la tendencia propia del Estado moderno a ejercitar un poder rápidamente creciente sobre sus ciudadanos. Las cifras hoy ya astronómicas del presupuesto estatal nos dan la medida exacta de cómo el poder de tomar decisiones ha pasado del individuo y la familia al Estado; especialmente si el aumento del presupuesto estatal no se produce sólo en términos absolutos, sino también como un incremento constante del porcentaje del ingreso nacional que las cajas públicas absorben. Estas cifras nos dan la dimensión exacta alcanzada por el Leviathan, que continúa hinchándose, nos indican la fuerza con que atenaza a la sociedad, entendida como el ámbito de todo lo que es privado, autónomo, capaz de desarrollarse libremente; nos indican, por último, el campo libre dejado todavía al individuo para elegir el modo de emplear los frutos de su trabajo.

Para no ver que todo esto es malsano, que constituye una de las fuerzas más poderosas que operan en la destrucción de la sociedad, es preciso estar entregado a un verdadero culto al Estado y a la colectividad. Sólo un colectivista impenitente puede entregarse a un culto de este género. Historiadores como Rostovtzeff y filósofos como Ortega y Gasset nos han recordado el alarmante ejemplo del imperio romano tardío, víctima también de una fiscalidad y una burocracia que todo lo aferraba, todo lo engullía y que fue responsable del hundimiento. Por poco inclinados que seamos a comparaciones de este género, no tenemos razones para dudar del claro e inquietante paralelismo que existe, desde este punto de vista, entre la antigüedad y nuestro tiempo.

Al grito de alarma de los historiadores y de los filósofos, debe agregar el suyo el economista. ¿Quién podrá negar que para el orden económico es de importancia decisiva el hecho de que el Estado se apodare, no ya, como antes sucedía, del 10 ó el 15 por ciento del ingreso nacional, sino del 30 ó el 40 por ciento? Antes o después se llegará al punto en que, para decirlo con Hegel, la cantidad se transforma en cualidad. Lo que antes era un componente

natural en el orden total de la economía de mercado, se convierte en un cuerpo extraño, inasimilable y venenoso en cuanto supera una cierta medida.

¿Podía creerse de buena fe en la posibilidad de poner de acuerdo un superfiscalismo como el que hoy parece estarse convirtiendo en regla, con la economía libre de mercado, con los mecanismos y las reacciones psicológicas que esta presupone? ¿No era más bien un fiscalismo de esta naturaleza la palanca mediante la cual los adversarios de la economía de mercado, declarados *o* clandestinos, podían descoyuntar el orden, paso a paso, un año fiscal tras otro, con el firme convencimiento de que, una vez establecida, la cuota estatal del producto social no era ya, por lo general, reversible? ¿Y, llegados a este nivel, no podía recurrirse después a otras palancas con las que aumentar aún más los gastos del Estado? Una política de esa naturaleza, que, a través de debates aparentemente inocuos y aburridos sobre el presupuesto estatal, mina la economía de mercado y amplía continuamente el ámbito colectivo, estatal y «político» de las decisiones en el campo económico ¿no es en el tondo una nueva forma de socialismo, un socialismo fiscal?

Bien pronto se tuvo la sospecha de que existía un vínculo difícilmente definible, pero irremediamente este *Leviathan* voraz y otra plaga de nuestra época, esa inflación que progresa a escondidas, a la par de las cifras del presupuesto estatal. Hace tiempo que un hombre tan experto y respetado como representante de la estadística inglesa, Colin Clark, había enunciado la tesis según la cual la inflación se presenta inevitablemente si el Estado se apodera de más de una cuarta parte del producto social. El mismo Keynes estaba de acuerdo con esta teoría. Entretanto, sin embargo, la mayoría de las naciones sobrepasaban con mucho este límite crítico, llegando hasta conceder al Estado el poder sobre casi la mitad del producto social.

Con la secreta complacencia con que muchos gustan de traer a colación los engranajes de la historia, movidos por manos misteriosas, se ha querido ver en el continuo aumento de las cifras de los presupuestos estatales una confirmación de aquella «ley de los gastos estatales crecientes» que representa la herencia casi única del profesor alemán de Ciencia Financiera Adolfo Wagner, tan citado en *otro* tiempo. Es claro, sin embargo, que no se explica ni se justifica una experiencia histórica elevándola a la dignidad de «ley». La «ley de los gastos estatales crecientes» no es pues otra cosa que una solemne banalidad, sobre la que pesa además la sospecha de que pretende desarmar la resistencia contra esta evolución con la excusa de que se trata de una «ley» social. A todos nosotros, en cambio, nos pareció deber ineludible oponernos a esta evolución, y esto por toda clase de razones.

Hasta hace poco tiempo, los Gobiernos y los Parlamentos luchaban más *o* menos sinceramente y más *o* menos a fondo para domar el apetito aparentemente insaciable del Estado. Todos se pretendían defensores de la parsimonia en el presupuesto estatal, de la limitación de los gastos públicos y de la presión fiscal. Podíamos incluso conceder a los ministros y a los parlamentarios que cuando pecaban (¡y cuántas veces lo hacían!) contra estos buenos principios, lo hacían con mala conciencia. No se comportaban en este caso de manera diferente a como se habían conducido respecto del lento y constante proceso de inflación, condenado por todos los Gobiernos y por todos los partidos, aunque al mismo tiempo lo favorecían con su acción y con su inacción.

Como los caminos que conducen al infierno, también aquellos por los que se llega a un continuo incremento de los gastos públicos están empedrados de buenas intenciones. También aquí ha sucedido un poco lo mismo que en la lucha contra el comunismo. En un tiempo

existían ambiciosos y muy laudables ministros de Hacienda que, en la lucha contra el aumento del presupuesto estatal, no se conformaban con el *containment*, sino que intentaban el *rofl-back*, esto es, la reducción; hoy ya no se puede hablar ni siquiera de un esfuerzo de contención.

La «Sociedad Opulenta»

La inquietante pregunta, de la que hemos partido es precisamente la de si hay alguien que se pone aún las metas honestas de otro tiempo si los grifos del gasto público se abren de manera cada vez mas generosa ¿se abren al menos en oposición a las buenas intenciones propias? ¿Se sienten aún remordimientos?

Muchos de nosotros no lo creemos ya nuestra confianza en que los Gobiernos y los parlamentos son suficientemente perspicaces y enérgicos para oponerse con todas sus fuerzas a la extensión de los gastos públicos se ha visto seriamente sacudida. Y, en tantas otras ocasiones, nos parece reconocer también aquí el efecto de ciertas teorías nacidas en los cerebros de ciertos rimbombantes profesores. La influencia de tales teorías puede propagarse lentamente y por caminos torcidos, pero el ejemplo de las teorías keynesianas nos ha mostrado cuán potentes pueden ser las ideas de un intelectual, mas potentes que todos los banqueros, carteles, trusts y sindicatos. Un libro que, a la par que el de Keynes, ha ejercido una influencia semejante «The Affluent Society» (la Sociedad Opulenta), cuyo titulo se ha convertido rápidamente en un *slogan*. Su autor, el profesor J.K Galbraith, de la Harvard University, pertenece al grupo de intelectuales de izquierda que, gracias al Presidente Kennedy, han ejercido y ejercen una influencia considerable también bajo el sucesor de Kennedy, Galbraith continua haciendo uno de los más influyentes ideólogos de esa política fiscal y crediticia expansionista que los estados unidos practican sin descanso y que es considerada como una de las principales causas del déficit permanente de la balanza de pagos americana quien quiera realmente comprender como los gastos públicos americanos han roto todos los moldes y se han dilatado en una medida muy superior a la exigida por el rearme, debe leer este libro y tener presente el inmenso éxito que ha obtenido.

Quien exija de un libro semejante un tratamiento científico de los problemas se vera fuertemente tentado a juzgarlo severamente. Descuidado en el estilo y en el razonamiento, pleno de complacencias, el libro está escrito con ese brío forzado y ficticio que se adapta más bien a una revista de masas. En muchos *párrafos* tiene todas las características del *pamphlet* agitador, no desdeña las afirmaciones sin sentido ni los excesos verbales; es, en resumen, una obra de escaso valor. No nos reconciliará con ese escrito la certeza de que son justamente estas ofensas al buen gusto (en lo cual reside una de las más esenciales diferencias entre la obra de Galbraith y la de Keynes) las que han contribuido a su éxito. Concedamos con todo que el libro se ocupa de las condiciones de los Estados Unidos, las cuales efectivamente nos pueden arrastrar alguna vez a una crítica impaciente, pero esto nos debe inducir a cortarle tanto más el paso en Europa con firmeza. No debemos olvidar que si en los Estados Unidos las entidades públicas parecen descuidar tareas importantes, la culpa no está en un gasto total insuficiente, sino en su errónea distribución. Es ciertamente escandaloso que una metrópoli como Los Angeles no tenga un servicio de aseo urbano, pero en compensación se gastan decenas de miles de millones en finalidades menos urgentes.

El miedo a la producción

En la base del libro hay una idea, ya expresada en el título, que se asemeja de modo sorprendente a uno de los despropósitos más elementales y más difundidos en el campo económico. Es el antiquísimo «miedo a la producción» que de tiempo en tiempo se despierta como un duende en la cabeza de las gentes, que toma unas veces una forma y otras veces otra y que puede servir para las más distintas finalidades. Nos referimos a esa idea ingenua según la cual la fuerza productiva desencadenada por la inventiva humana podría ganarnos por la mano hasta el punto de que no sabríamos ya qué hacer con ella. Ha habido períodos en los que esta idea ha servido para explicar una crisis económica como resultado de una «superproducción» general. Esto sucedió hace treinta años, durante la gran depresión y sucede en cierta medida también hoy, en forma de un difuso pesimismo frente a la automatización. En otras épocas la misma idea sirvió para convencer a la gente de que el problema de la «producción» estaba ya resuelto y todos los esfuerzos debían dirigirse a resolver el otro problema, el de la «justa distribución».

Galbraith navega también en las turbias aguas de esta corriente de pensamiento. Con una superioridad bastante poco justificada y lleno de desprecio por ideas que considera «anticuadas» los falsos caminos por los que se pierde nuestro autor gozan de una venerable antigüedad, nos presenta como un descubrimiento revolucionario la afirmación de que un país como el suyo no se habla de los países verdaderamente pobres, que, después de todo, son la mayoría está en peligro de ahogarse en una especie de exceso de bienes. De esta dificultad sólo se puede salir de dos maneras, una deseable y la otra no.

La manera indeseable es la que representa para Galbraith el estímulo del consumo privado con todos los medios de la publicidad, la persuasión y el crédito para el consumidor. En otras palabras, por ese camino, el propio productor crea artificialmente la demanda que deberá después satisfacer. ¿Cuál es, pues, la manera deseable? Para Galbraith es engordar al insaciable *Leviathan*.

Según Galbraith, en efecto, en tanto que el consumidor privado es alimentado a la fuerza, el pobre Estado es descuidado. Al satisfacer exigencias de los individuos más o menos artificialmente creadas, y en todo caso desaprobadas por Galbraith, se estarían desperdiciando tuerzas productivas de nuestra sociedad industrial rebosante de bienes, mientras otras exigencias, colectivas estas y aprobadas por nuestro autor, son olvidadas o satisfechas de modo insuficiente. Es el mercado, es decir, la masa de consumidores, el que decide cuáles necesidades individuales se han de satisfacer. Pero la determinación de cuáles necesidades individuales son artificiales y cuáles necesidades colectivas se han de satisfacer en su lugar, es algo que decide el Profesor J. K. Galbraith.

Si creíamos que el problema era el inmenso crecimiento de los gastos públicos, de la presión fiscal y del ejército de funcionarios, se nos viene ahora a decir que, por el contrario, esto no es todavía suficiente. La «sociedad», se dice, es rica y navega en la «opulencia», él «Estado» es pobre, sea con relación a sus modernas tareas, sea con relación a los medios que la «opulencia» de la sociedad podría transferirle mediante un aumento de las exacciones fiscales. Falta un «equilibrio» entre el sector público y el privado. La creación de este equilibrio es la gran tarea de nuestra época.

El equívoco de Galbraith

Para muchos constituye un discurso seductor. Sin embargo la fragilidad de los argumentos con los que se requiere demostrar la tesis ha sido denunciada tantas veces y tan claramente

que queda poco que añadir. Se comprende que Galbraith sabe muy bien, como todos nosotros, que la palabra «opulencia» es equívoca, pero no lo dice. En rigor esta palabra no puede indicar sino una condición en la cual nos encontramos liberados de la «escasez» de los bienes, la cual, para satisfacer nuestras exigencias, nos obliga a emplear fuerzas productivas limitadas, a utilizarlas de modo económico y a hacer una elección razonable entre las distintas maneras de servirnos de ellas. Si bien la palabra «opulencia» sugiere esta idea, es claro que no puede tratarse de nada similar, al menos hasta que no vivamos en el país de Jauja. Opulencia no puede significar, pues, sino la banal constatación de que los bienes de que hoy, como siempre, debemos hacer un uso mesurado, han sido aumentados gracias a una productividad inmensamente multiplicada. En otras palabras, somos, en término medio más ricos que antes, y, si no ocurre alguna gran desgracia, lo seremos aún más en el porvenir. La pobreza esté cada vez menos extendida, la penuria es menos opresiva, se amplía la lista de bienes que podemos disfrutar, a condición de que olvidemos toda una serie de bienes y prestaciones de los que cada vez estamos peor provistos. Entre estos últimos bienes Galbraith lo señala con razón estarían, sobre todo, un poco de calma, menos apresuramiento y menos de esa obsesión que ha creado un verdadero culto al máximo de producción ultrarracionalizada.

He aquí cómo se plantean en realidad las cosas: en conjunto nos hemos hecho más ricos; aunque no sin pagar un alto precio en forma de inestimables bienes y valores, no sin sacrificios de todo género, ni sin riesgos que hoy son familiares para todos. Queda, en todo caso, el hecho de que la masa de bienes materiales ha crecido enormemente en los países industriales desarrollados y únicamente en ellos. No es admisible, sin embargo, deducir de esto, como hace Galbraith, que existen fundadas razones para aumentar la cuota de participación estatal en este mayor bienestar. Los argumentos utilizados por el autor a este respecto no pueden convencernos. Al contrario, quienes, como nosotros, estamos convencidos de que se debe tender, no ya a incrementar sino a disminuir los poderes del Estado en el terreno económico y la participación del Estado en la distribución del ingreso nacional, verá en un aumento del ingreso nacional la mejor ocasión para hacer efectivo su propósito. En primer lugar, el bienestar general hace que el individuo esté cada vez en mejores condiciones para atender a las necesidades derivadas de la enfermedad, la vejez y otros riesgos, haciendo así menos urgente una parte importante de los gastos estatales, la que está destinada a la previsión y a los seguros sociales. En segundo lugar, es mucho más fácil disminuir el valor porcentual de los gastos públicos cuando el ingreso nacional está en vías de crecimiento, pues en tal caso basta con que aquellos no aumenten en la misma medida que éste.

Queriendo, sin embargo, hacer plausible su tesis, Galbraith recurre a los más audaces argumentos. Es una verdad de Perogrullo la afirmación de que, al aumentar el ingreso nacional, la importancia relativa de los gastos en las distintas ramas de la producción cambiará de acuerdo con la elasticidad de las respectivas exigencias. La demanda de avena se mantendrá más o menos invariable, en tanto que aumentará enormemente la de discos fonográficos. Muchos factores, en su mayor parte imprevisibles, determinan el uso que hará el hombre del conjunto de la producción; influyen sobre ello las costumbres, las peculiaridades nacionales, las condiciones atmosféricas y la educación. Influye también y de manera notable, la publicidad. Nada nos autoriza, sin embargo, a hacer la afirmación resueltamente grotesca de que la publicidad nos hace esclavos de la producción y lleva, a través de una demanda artificialmente provocada y en conclusión nociva, a un inevitable despilfarro de la capacidad productora, cuya administración deberíamos por tanto confiar al Estado.

La libertad del consumidor

Otra verdad de Perogrullo es que, desde que existe un Estado, los ciudadanos por conducto de su Gobierno, sustraen al empresario privado una parte de su derecho a disponer de las fuerzas productivas de la economía nacional y la ceden al Estado para sus gastos. Pero no es verdad, ni de Perogrullo ni de nadie, la afirmación de Galbraith según la cual tal cesión sería necesaria porque la pretendida esclavitud a la cual la publicidad arrastra al ciudadano privado vendría a demostrar el derecho de prioridad del gasto público sobre el privado. No es nuestra intención, al decir esto, cantar alabanzas de la publicidad. Queremos más bien reivindicar el honor del individuo y de su libertad de consumidor, al cual incumbe también la tarea de tomar las medidas necesarias para que las finanzas del Estado estén en regla, sin despilfarro y sin que se descuiden exigencias importantes de la comunidad.

Queda en pie, ciertamente, un problema de la mayor importancia, a saber si la publicidad nos colma con la masa de bienes que hoy podemos producir, si estos bienes son utilizados racionalmente por hombres maduros o si, por el contrario, no son siquiera disfrutados, por amor de una vida contemplativa, por discípulos de Horacio. Pero ni Galbraith ni otros que, como él, temen que la producción pueda asumir proporciones superiores a las posibilidades del consumo, hablan de este problema, que abre posibilidades de inmenso significado, si nuestra sociedad como en el fondo desea también Galbraith quiere recobrar una estructura sana y natural.

A medida que crece la abundancia de los bienes producidos por la fabricación en masa y se hace más fácil satisfacer la obtención de artículos de primera necesidad, adquirimos la posibilidad de emplear nuestros ingresos en bienes dirigidos a llenar exigencias de carácter espiritual, en viajes, en productos individuales de alta calidad, en los «bienes de ocio», como los llamaba Luigi Einaudi: el traje a medida, el libro precioso, el armario bien acabado, todo aquello, en suma, que nos ofrece un artesanado fiel a sus tradiciones. Esta sociedad, mártir de los pretendidos sufrimientos de la «opulencia» debería ofrecer un mercado sin precedentes para este género de productos. Sólo sirven para ello los hombres que saben apreciar la calidad o aquellos a quienes se puede enseñar a apreciarla. Para lograr semejante educación necesitamos libros un tanto distintos al de Galbraith.

«Individual», «calidad», «privado» son palabras claves que pertenecen a un mundo muy diferente al de nuestro autor. La verdad de esto se demuestra con una sola reflexión, con la cual retornamos a nuestro punto de partida, esto es, a la preocupación de que pueda flaquear nuestra vigilancia frente a la creciente presión e invasión del Estado.

Si Galbraith opone el sector «privado», al «público», declarándose a favor del segundo, está claro que estas simpatías y antipatías suyas tienen su raíz en una extraña apreciación. Es evidente, en efecto, la diversidad de acento: *de un lado* el ciudadano privado, inmaduro e ignorante, egoístamente deseoso de disponer libremente del ingreso ganado con fatiga y de proveer al bienestar propio y de su familia; *del otro*, el Estado sabio, la autoridad solícita del bien universal, el padre de la patria que, en su bondad, sabe mejor que nosotros lo que nos es útil y que, en su humanitaria solicitud, y bajo el signo del Estado asistencial y de la educación estatalizada, llega a quitar de nuestros hombros, una tras otra, las tareas y los gastos que en nuestra perversa individualidad, creíamos responsabilidad nuestra, de hombres maduros. Como compensación terminamos por quedar progresivamente reducidos a no llevar en el bolsillo más que dinero para gastos menudos.

El adjetivo «público» trata de hacernos pensar sólo en el bien común, en tanto que «privado» indica todo aquello que el incorregible colectivista, el fiscalista y el adorador del Estado miran con una aversión llena de sospechas: mercado, competencia, precios, responsabilidad individual. Pero se pasa por alto y nada es más significativo una circunstancia de decisivo significado: todo cuanto se ha condenado despectivamente como «privado», no es sino el ámbito en el cual se decide del empleo de las fuerzas productivas según los principios de la economía de mercado, es decir, según el conjunto de libertades que constituyen la sustancia de ésta y a las que no renuncia ni siquiera bajo la presión de la publicidad más refinada. Lo que, por el contrario, se llama sector «público», es en realidad el ámbito de la coacción. Y si esto no es un argumento contra el sector de la coacción estatal en sí, es sin embargo una objeción de gran peso contra una teoría que calla esta desagradable cualidad del sector público. Al callarla se trata de eludir la pregunta de si no será ésta la razón decisiva que induce a mantener el sector público en los límites más restringidos posibles y a exigir para cada una de sus partes una rigurosa justificación. Siempre que, naturalmente, nos importe verdaderamente la libertad.

**Publicado en *Tópicos de actualidad*, Año: 8, Octubre 1966 No. 135, CEES.
<http://www.cees.org.gt>**